

EN ESPERA DE ELIAHU HANABÍ

En el año 5294 (1584), toda la comunidad ashkenazí de Jerusalén, que comprendía unas quince familias, se reunió en la pequeña sinagoga, vestida con sus mejores galas, para celebrar la circuncisión del hijo de Rab Shelomó Luria Ashkenazí.

Por supuesto, entre los presentes también se hallaba Rab Klonimus, el anciano rabino de la comunidad, maestro del padre del niño. Con su porte majestuoso y su semblante que expresaba una honda sabiduría, el anciano sabio se hallaba en medio de los congregantes, entre quienes se hallaban los más grandes sabios y las personalidades más destacadas de Jerusalén. Mientras esperaban a que diera inicio la ceremonia, se enfrascaron en discusiones de Torá.

Todo estaba listo. La silla del *sandak* estaba en su sitio, el *mohel* había llegado y terminado todos los preparativos. Miró hacia el anfitrión, el padre, esperando a que éste le indicara que diera comienzo a la ceremonia.

Pero Rab Shelomó parecía estar en otro mundo. Estaba de pie en un rincón del *bet midrash*, envuelto en su *talit*, balanceándose con fervor y devoción, murmurando una oración sin detenerse y profundamente concentrado. De vez en cuando echaba una ojeada a sus invitados, cerraba los ojos con fuerza y seguía rezando fervientemente.

“¿Por qué no empieza el *mohel*?”, susurró un hombre a su vecino.

“¿No ves que el padre del niño todavía está rezando?”

“Pero el *mohel* se está impacientando, ¿lo ves? Está tratando de atraer la atención de Rab Shelomó”.

“Oh, ahora uno de los invitados se ha acercado y le está diciendo algo al oído. Seguramente le está preguntando por qué nos retrasamos. Acerquémonos y tratemos de entender lo que se están diciendo”.

“¿Puedes entender lo que está diciendo el anfitrión?”

“Dice que un pariente que vive lejos todavía no ha llegado”.

“Qué excusa tan rara ¿no? El padre da la impresión de estar confuso. Me parece que trata de ocultar algo. Todo esto es muy raro”.

Los invitados empezaron a marcharse. No podían seguir esperando indefinidamente. No pasó mucho tiempo para que la sinagoga, que había estado abarrotada, quedara casi vacía; sólo unas cuantas personas se habían quedado para la ceremonia.

De pronto, se oyó llorar a alguien. Todos volvieron la cabeza al lugar de donde venía el sonido. Era el propio Rab Shelomó que parecía desolado. La gente estaba a punto de acercarse a él para consolarlo, cuando él alzó la cabeza, miró a su alrededor y su cara se iluminó. Hizo una seña al *mohel* para que empezara. Los invitados voltearon a ver si el pariente al que estaban esperando había llegado ya, pero no vieron ninguna cara nueva.

Trajeron al niño. El *mohel* recitó en voz alta la bendición y el padre hizo otro tanto. El *berit* se hizo muy deprisa. El *mohel* prosiguió con las palabras rituales: “...preserva este hijo a su padre y a su madre, y que su nombre sea llamado...” Hizo una pausa, inclinó el oído hacia los labios del padre y se volvió a enderezar para proseguir: “...Itzjak ben Rab Shelomó”. Continuó hasta el final, deseó al padre

una sincera felicitación y que viviera para criar a su hijo para la Torá, la *jupá* y las buenas obras.

Más tarde, durante la *seudat mitzvá*, uno de los invitados preguntó al que se había sentado a su lado si sabía por qué el padre había elegido justamente ese nombre.

“No”, contestó. “También yo me lo estaba preguntando. No creo que ese nombre se dé en la familia. El padre de la madre no se llamaba así. Pero estoy seguro de que el mérito de sus antepasados protegerá al niño y le permitirá crecer hasta convertirse en un robusto árbol”.

Una vez que todos los invitados se dispersaron, el *mohel* fue a revisar al niño y a cambiarle las vendas. Las quitó y exclamó sorprendido: “¡Nunca he visto nada semejante! He circuncidado a muchos niños en mi vida y a todos les lleva algunos días curarse. Pero este pequeño Itzjak se sale de lo común; ya está totalmente restablecido. Debe haber recibido la visita de los ángeles”.

El *mohel* no podía saber que estaba en lo cierto.

Un poco antes del nacimiento del niño, Eliahu Hanabí se había aparecido ante Rab Shelomó y le había dicho: “Sabes, he sido enviado para informarte que tu esposa dará a luz un niño. Llámalo Itzjak. Crecerá para revelar los secretos de la Torá y su más recóndita sabiduría; a través de él le llegará asistencia a su pueblo, Israel. Pero el día del *berit*, cuídate de no empezar la ceremonia hasta que me veas entre los invitados”.

Rab Shelomó había esperado impaciente el nacimiento de su hijo. Había puesto especial cuidado en no pecar y había aumentado sus horas de estudio, no fuera a ser considerado indigno de que Eliahu asistiera al *berit*.

Cuando el niño nació, la casa se llenó de luz. La alegría de Rab Shelomó no tuvo límites. Cuando cumplió los ocho

días, Rab Shelomó rezó pidiendo que Eliahu, el *malaj haberit*, el ángel de la alianza, acudiera.

Pero cuando el reloj seguía avanzando y los invitados habían empezado a irse, Rab Shelomó temió que, después de todo, Eliahu no vendría. Su felicidad dio paso a la tristeza y Rab Shelomó pensó: “quizás no es éste el niño del que me hablaron. Quizás mi *yétzer hará* me ha hecho pecar y eso me ha privado del gran privilegio que tendría que haber recibido. Es muy posible que no merezca ser el padre de un gran *tzadik* ni de ver a Eliahu en mi *simjá*”.

Y fue entonces cuando empezó a llorar. Pero, en ese momento, abrió los ojos y vio a Eliahu que se acercaba a él y le decía: “Puedes empezar. No he venido antes para probarte, para ver si me esperabas o no. Ahora, empieza. Tú serás el *sandak*. Yo me sentaré contigo y tendré el niño en mi regazo sin que nadie pueda verme”.

El propio Eliahu, el *malaj haberit*, había sido, pues, el *sandak* del niño. Así que no es de extrañar que la herida se curara milagrosamente.¹

El niño que había recibido el nombre sugerido por Eliahu Hanabí era Rab Itzjak Luria Ashkenazí, que más tarde sería conocido como el Arizal. Arí es el acrónimo de Ashkenazí Rabí Itzjak, o Elokí (el santo) Rab Itzjak.

Bendita la que lo trajo al mundo

Era de noche. El pequeño Itzjak estaba llorando en su cuna. “Ss...ss...ss...”, le decía su madre en un susurro, meciéndolo suavemente. “Duerme, hijo mío, duerme, mi bien”. Le dio unas palmaditas tratando de calmarlo, pero el niño no paraba de llorar. Rab Shelomó, su padre, estaba sentado a la tenue luz de las velas, forzando los ojos y la mente para tratar de resolver una cuestión difícil del libro que estaba leyendo. El canturreo melódico de su estudio se

oía en toda la casa. Esa era su nana, la canción que tenía el poder de obrar milagros a la hora de calmar el inquieto espíritu del bebé. Poco a poco, el llanto se fue apagando; el niño se tranquilizó y no tardó en dormirse. De vez en cuando, una sonrisa tranquila se extendía por sus delicadas facciones. Todas las noches se dormía el pequeño Itzjak arrullado por el agradable sonido de las palabras de la Torá que su padre estudiaba. Todas las mañanas se despertaba de sus dulces sueños con el sonido de las palabras santas que musitaba Rab Shelomó, que encendieron en él un anhelo por estudiar y por conocer toda la Torá y entender sus secretos.

El niño fue creciendo y se comprobó que había sido bendecido con un maravilloso talento. Absorbía todo lo que le enseñaban, y a una edad muy temprana dominaba ya el *alef-bet*. A los tres años, rezaba ya con *sidur*. Cuando empezó a estudiar *jumash*, mucho antes que otros niños de su edad, su maestro se dio cuenta que Itzjak no necesitaba más que una ligera explicación para entender un tema. Su memoria era fenomenal, pero todavía más admirables eran su diligencia y su perseverancia.

No pasó mucho tiempo antes de que el pequeño pudiera empezar con la Mishná y el Talmud. Su rapidez de comprensión le permitía sumergirse en las profundidades de las *suguiot* más difíciles y discutir las con eruditos mucho mayores que él. Los caminos del Talmud no le ofrecían ninguna dificultad, y su alma estaba sedienta de profundizar lo más posible para alcanzar la verdadera esencia de los secretos escondidos en la Torá. Aspiraba a alcanzar grandes alturas en pureza y santidad.

Su padre comprobó que la bendición de Eliahu Hanabí había dado fruto y que su promesa –que su hijo revelaría y diseminaría algún día los secretos de la Torá– estaba empezando a tomar forma. Por eso lo llevó con quien había

sido su propio maestro, Rab Klonimus, para que pudiera beneficiarse de la guía de este gran *tzadik*.

Así fue como el Arizal se convirtió en alumno de Rab Klonimus a muy corta edad, al igual que su padre.²

¹Introducción a *Émek Hamélej (Maasé Nisim)*, Capítulo II; Amsterdam 5408; *Shibjé HaArizal e Imré Tzadikim*.

²*Midbar Kedemot del Jidá, Maaréjet* 10:15.